

Palacio

De señoras
totalmente
compadres voraces, gorriones y otros alegres becarios

EVE GIL

Viendo la lista de beneficiados y beneficiadas con la codiciada beca del Sistema Nacional de Creadores no pude evitar preguntarme hasta qué punto es apropiado becar a los artistas de un país como el nuestro, donde la corrupción ha extendido sus envenenadas ramas hasta el área supuestamente más noble de toda nación que es su arte y su cultura. Conste que he defendido a capa y espada los apoyos económicos de lesa majestad pues en tiempos como los corrientes resulta muy difícil, cuando no imposible (en vista de los tiránicos horarios y las intensas jornadas de trabajo que estamos expuestos a padecer por necesidad) alternar la creación con un empleo de tiempo completo, porque los artistas no solamente requieren de su arte para existir sino también de comida y techo para vivir y mantener a sus crías.

Desde ese punto de vista, las becas aparentan remediar esa disyuntiva. Yo misma he gozado de dos de ellas.



Antonio Ledesma

La segunda me llegó providencialmente vía Jóvenes Creadores del FONCA, cuando me acababan de correr del periódico Opinión por cometer la grave falta de ganar el Premio Nacional de Periodismo Fernando Benítez (“no queremos estrellitas aquí”, fueron las palabras textuales de mi entonces jefe, José Luis Hernández), lo que me obliga a sentirme doblemente agradecida. Puedo jactarme de que se me concedió sin yo conocer a ningún personaje influyente de la aristocracia literaria. Viviendo en un lugar tan ignoto como Hermosillo, en el que apenas sí conocíamos a Rafael Ramírez Heredia y a Héctor Manjarrez, misioneros de la cultura que acudían eventualmente a coordinar dos espléndidos talleres literarios gracias a los cuales descubrimos que existía algo más allá de las aventuras de narcos, mojados y putas que sobrepueblan las letras regionales (para leer a los “grandes” había que acudir a la biblioteca de la escuela de Letras o rebuscar en lo profundo de las mesas de saldo, la llamada “la venta de la escoba” de Librolandia), era improbable presumir de “influencias” y “contactos” en la ciudad de México. Desde esta perspectiva no tendría ni tengo ningún rencor contra los organismos encargados de repartir esta clase de apoyos, al contrario: atesoro el trato tan cordial, respetuoso y sensible de José Luis Martínez y Anne Delecole, así como las enseñanzas invaluable de mi tutor, Ignacio Trejo Fuentes, al que entonces sólo conocía “de leídas” y hoy es uno de mis más entrañables amigos.

Sin embargo, cuando uno descubre entre los felices beneficiarios del Sistema Nacional de Creadores de Sari Bermúdez a una señora Totalmente Palacio (jura ser poetisa) que se va de compras a París cada semana, a tres escritores que pueden vivir (y de hecho viven) decorosamente de sus regalías españolas, a los más grises colaboradores de un suplemento cultural cuyo director, casualmente, es miembro del consejo consultivo, a Chucho Pérez y a Petrita López (quiero decir, dos perfec-

tos desconocidos de los que nadie sabe si son ficticios, seudónimos o hechizos), y a un señor que lleva quince años becado y al que, por piedad, ¡ya concédanle una beca vitalicia!, no puede uno dejarse de preguntar para qué sirven realmente los mencionados apoyos, si para que artistas de renombre o cuando menos con obra de calidad comprobable no tengan necesidad de alternar su arte con un empleo que les dé para comer, o para que los mimados y mimadas de la mafia cultural se hagan más y más y más ricos y ricas, y más y más gordos y gordas, etc. Es entonces cuando empieza a darme en cara, como dice una querida amiga mía, prestigiada escritora que jamás solicitaría una beca de estas porque su radical ética política se lo impide, que se “apoye” a tantos artistas que además de nadar en la abundancia tienen de artista lo que Fox de poeta, mientras que el resto de la población, empezando por los campesinos y terminando por los verdaderos (y necesitados) artistas que año con año gastan lo que no tienen en fotocopias y son descartados sin miramientos por los tótems... perdón, por los miembros del consejo consultivo impuestos por doña Sari, languidezcan de hambre y desesperación. Aclaro que no se me había ocurrido solicitar la susodicha beca porque, en primera, de los 22 señores y señoras muy conocidos en su casa que se encargan de repartir el botín sólo conozco a tres: a uno en foto, a otro porque le ofrecen rituales en Bellas Artes quince veces al año, ignoro el motivo, y al tercero porque nunca olvido ni perdono al autor de un libro que me haya hecho perder el tiempo; en segunda, porque no creo tener los méritos suficientes (aunque en comparación con Chucho Pérez y Petrita López soy archiconocidísima en el mundo entero, de haber sabido...) y no alcanzo aún la edad reglamentaria para aspirar a ella sino hasta el 2005. No obstante, aunque la cláusula 2 de las bases de participación del SNC estipula con letra grande y clara: “Tener 35 años cumplidos a la fecha de su designación como



Iris Aldegani

creador artístico”, dos de los seleccionados no llegan a la edad de Cristo y mucho menos gozan de una obra que pudiera avalar tan precoz distinción (uno de ellos solamente ha publicado un libro de 67 páginas en el Fondo Editorial Tierra Adentro y corazoncitos en el tronco de un árbol). Imposible no pensar en un José Revueltas, que tuvo que vender su máquina de escribir para poder comer; o en Frida Kahlo a quien en medio de la pobreza, la enfermedad y el abandono se le negó la beca Guggenheim (que hoy ostentan tantos escritorcetes de medio pelo); o en Elena Garro, a la que los magnánimos señores del SNC concedieron una limosnita hacia el final de su azarosa existencia, por no mencionar a muchos creadores de nuestra época que prefieren ser pobres pero honrados a perder el tiempo en cultivar relaciones públicas y lamer botas (y no me refiero precisamente a las de Fox).

Siempre había creído que se necesitaba tener la trayectoria de (dejo aquí un espacio en blanco para que lo llene el lector con el nombre de cualquier autor despojado que se le ocurra, que no se piense que hago proselitismo a favor de alguien) para aspirar a dichos apoyos por un monto de \$25,000 mensuales durante tres años.

No, ellos tienen que acudir ante Piotr Lawsky (o como quiera que se llame) para hacer cola como todo hijo de vecino, y con suerte y los sacrifican en beneficio de un poetastro mediocre que se emborracha cada viernes con uno de los picudos que presiden el jurado. Así funcionan las cosas en este país y no solamente en el Sistema Nacional de Creadores de Sari Bermúdez, sino en el gobierno del D.F. donde se ha apoyado exclusiva y sospechosamente a los artistas que manifiestan desbarrancada simpatía por el pejerredismo (y me permito entremillar en la mayoría de los casos el calificativo de “artista”). De lo único que tengo la certeza es de que a mi esposo y a mí nos ha dolido en el alma desembolsar diez mil pesos de impuestos (ya no digamos lo que puede dolerle a un maestro, a una secretaria, a un taxista o a un pequeño comerciante, que ni siquiera leerán las genialidades de estos individuos e individuos a los que tan generosamente mantienen sin su anuencia) para que la Señora Totalmente Palacio se compre sus chicles con nutrasweet, los laureados escritores se hospeden más seguido en el George V de París donde Kawagi y el Niño Verde hacían sus bacanales (también a costillas de nuestros impuestos), los perfectos desconocidos salgan de pobres sin necesidad de trabajar (cualquiera hilvana versitos impactabobos sirviéndose de un diccionario de Antónimos y Sinónimos, bonito pasatiempo), los colaboradores del señor del traje gris se puedan emborrachar todos los días y no nada más los fines de semana y el Eterno Becario termine de juntar para una jubilación digna de un presidente de la república. Quien sabe. Siempre será mejor ganar una beca del Sistema que estar inscrito en las AFORES.

Pregúntome: ¿No habrá quien nos haga el favor de videograbar a los señores del SNCB (y no es banco) a la hora de “deliberar” ?